

MEMORIAL
MUNICIPAL
MADRID



UNA MUJER A LA MODA.

Las mujeres muy hermosas rara vez son las más elegantes; el mucho esmero en el adorno es casi siempre una reparación de las faltas personales. El arte del tocador sabe encubrirlo todo; y halla mayor aplicación cuando mayores son los obstáculos. No es extraño; una persona que carece de ideas, compone con más facilidad versos que prosa, y á veces la necesidad del consonante suele influir en un pensamiento. Lo propio sucede en los detalles del talle ó del semblante, que suelen inspirar una multitud de adornos que hacen su efecto, que seducen á quien se ignora el secreto de su origen, y que no tardan en ser objeto de la moda universal.

Por el contrario, las mujeres cuya belleza es perfecta, prestan atención á aquellas invenciones; son hermosas simplemente, y de aquí nace que tienen menos atractivos. El talento de una mujer á la moda, es generalmente decidido por universal que sea. Su vista se extiende sobre todo, pero nada penetra con profundidad.

El primer ridículo de una mujer á la moda es el mismo como nula toda existencia que no se parezca á la suya. Para ella una mujer que ha pasado su juventud fuera del gran mundo, es una persona á quien ha faltado la vida, una presion que Madama Stael solía emplear para compadecerse de la que jamás había amado.

La elegante Amelia que consigue el presente año dar ley en el salón del prado tiene una hermana retirada

2.º Trimestre.

en una aldea del reino de Valencia; esta hermana es feliz, su marido la ama, sus hijos son hermosos y bien educados; toda esta familia pasa á 60 leguas de Madrid una vida agradable y exenta de zozobras. Pues Amelia no puede consolarse de la triste situación de su hermanita; no alcanza á presumir que sea soportable una vida tan mortalmente uniforme; no comprende que haya persona que pueda acomodarse á ella. Se lamenta de "¡su pobre Carolina tan jóven tan hermosa y enterrada en vida!" pero cuando llega á saber que la pobre Carolina lejos de consumirse en su retiro, de maldecir su suerte, vive contenta y se juzga feliz, entonces su compasión se cambia en cólera; abandona á su hermana; "es incorregible", esclama, quiere vivir aburrida."

El contraste empero no es menos singular por la otra parte. Cuando por una casualidad la pobre Carolina viene á Madrid y vé á su hermana rodeada de una multitud de placeres, teatros, comidas, conciertos, partidas de campo etc. etc. "Pobre hermana, exclama, es preciso que trate de distraerse para olvidar que no tiene hijos!"

Amelia siente en efecto no tener hijos, pero no por la idea que su hermana la supone: no consideraría en su familia el apoyo de su vejez ni el recreo de su corazón. «Yo quisiera tener dos niñas (dice), las hubiera puesto nombres románticos, cantábiles, Niobe, Cefirina, Venturina, Amalthea. ¡Qué placer! las vestiría de blanco, las lleva-

25 de Setiembre de 1836.

ria á las dos igualitas, con sus capotitas azules y sus toneletes griegos; nada hay mas bonito en la delantera de una carretela que dos niñas igualitas, rubias, que hablen el francés....» para esto quiere Analia ser madre.

Una mujer á la moda, no ama nada verdaderamente ni la música, ni el baile, ni la poesía, porque las bellas artes no forman un placer para ella sino con ciertas condiciones: solo ama el baile en una gran *soiree*: para que la agrade la música, es indispensable que ocupe un palco bajo, y que dos elegantes la distraigan con el abanico y no la dejen oír. Seguro es que no la pasará por la imaginación el ir á oír á Bellini ó á Victor Hugo en un asiento de palco al lado de su marido ó de su papá. ¡Qué tonteria! Victor Hugo á secas es la mayor de las secaturas.

La primera necesidad de una mujer á la moda es producir efecto; para conseguirlo debe á veces carecer de gusto en su prendido, pero esto es indispensable que sea con arte. El secreto consiste en elegir objetos extraordinarios pero que la vayan bien. Un adorno hermoso á la vista pero ridículo de contar, cuya relacion escandalice; es preciso que haga esclamar, «¡Qué horror!» — «*Asustaria el verla.*» — No por cierto; estaba chocante pero muy hermosa.»

Cuando una mujer de moda llega á enfermar, su existencia queda suspensa, mas luego encuentra una indemnizacion llamando al médico que esté en voga, estrenando un nuevo sistema, llevándose las primicias de la *homœopatía* ó de la *mostaza blanca*.

A penas recobra un poco la salud solo se ocupa de los adornos de convalecencia. ¡Es tan grata una convalecencia con supalidez y su afectado negligé! Un luto no la aflige sino en tanto que el color negro la vaya mal; cuenta con impaciencia los días que la faltan para el alivio, y le prepara con una multitud de adornos claro oscuros á la *Straniera* ó á la *Huérfana de Underlak*.

Una mujer á la moda, subyugada por la idea única de agradar indistintamente, guardada por la elegante frialdad de su corazon, podria permanecer intachable toda su vida, si el principal deber de la mujer á la moda no fuese sujetar á su carro al hombre á la moda; por desgracia el primer deber de este hombre es el de seducir á la moda; y de aqui resulta una serie de enredos, de escándalos, que aunque todos á la moda, no por eso dejan de originar grandes desgracias que causan la desesperacion de las personas del gran tono, y dan pábulo á la conversacion de las tertulias á la moda.

LA REMOLACHA.

Napoleon que creia que no habia reposo ni prosperidad para la Francia interin la Inglaterra no fuese reducida ó conquistada, solo pensaba en humillar á aquella potencia vecina su rival. Tenia ya dispuesto el proyecto de una atrevida expedicion, pero la guerra que estalló en Alemania le hizo levantar el campamento de Boulogne y abandonar los inmensos preparativos de todas clases para los que todas las ciudades del reino habian ofrecido sus tesoros. Preciso á renunciar al designio de hacer la guerra en los alrededores de Londres quiso herir á la Inglaterra en el corazon arruinando su comercio; prohibió toda mercancia de fabricacion inglesa, y al paso que de un soberano vencido hacia un aliado, exigia de él la misma prohibicion en sus estados. De este modo puso en vigor aquel famoso sistema prohibitivo conocido bajo el nombre de *bloqueo continental*.

Los ingleses, dueños de los mares, se apoderaron de las colonias francesas ó bloquearon sus puertos, y el azucar, el café, y el algodón se vendian en Francia á peso de

oro. El pais sufría con resignacion; la gloria le consolaba de la miseria, mas sin embargo sentia todo el peso de las privaciones que le era forzoso experimentar. El azucar costaba á seis francos la libra, y una gran parte de la poblacion se veia precisada á carecer de un artículo de que habia llegado á hacerse un alimento de primera necesidad. La madre no le podia suministrar á su hijo enfermo, y cuantas medicinas podian disponerse para un enfermo, esta era la mas dispendiosa y difícil de procurar.

En medio de tal conflicto corrió la voz de que en Francia se podia fabricar azucar, y todos los ánimos se agitaron cual si se tratase del descubrimiento de un nuevo mundo. Toda la Francia aplaudia y clamaba «milagro.» Pero este entusiasmo no duró mas que un dia, y fue reemplazado por el desden y la incredulidad cuando llegó á divulgarse que la *remolacha* era el agente con que debia obrar aquel prodigio. La remolacha, raiz apenas cultivada en Francia, y que solo parecia á propósito para servir de alimento á los ganados: la remolacha á quien rara vez se permitia á figurar en las mesas, y siempre en corta porcion despues de hacerla sufrir un cocimiento preparatorio! ¿Cómo habia de creerse que esta raiz olvidada, cuasi despreciada, pudiera transformarse en azucar blanca y sólida? En Inglaterra ó en Alemania lo hubieran primero examinado pero en Francia empezaron por burlarse, y poco faltó para que el germen de una grande industria pereciese sofocado bajo el peso de las caricaturas y retruécanos.

Mas sin embargo, á pesar de las burlas y chocarrerías hubo hombres perseverantes que no se desanimaron, y se cedió que pocos años despues los ánimos incrédulos no comian otro dulce que el de la remolacha, que tomaban por azucar de caña, y esto no obstante continuaban asegurando que era imposible hacer azucar con una raiz que siempre se habia comido en ensalada.

En el dia el norte de la Francia esta dedicado al cultivo de la remolacha, al que han destinado terrenos inmensos; y la fabricacion ha llegado á hacerse tan estensa y á adquirir tanta perfeccion, que esta industria cuyo éxito se negaba, ha terminado por hacer tributaria suya á la Europa, rivalizando con el producto de la caña americana y haciendo bajar el precio desde 6 francos (24 rs. la libra) á 20 sous (4 reales).

La fabricacion es muy fácil y sencilla. La recoleccion de las remolachas se hace en el Otoño. Apenas sale de la tierra se machaca entre ruedas reduciéndose su carne en hilos sueltos como los fideos. Colócanse en seguida en unos sacos que inmediatamente se ponen bajo una fuerte presión; el jugo que suelta pasa al instante á las calderas en las que cuece gradualmente hasta que bien clarificado adquiere la consistencia del jarabe. Con facilidad se transforma en azucar morena que en nada se diferencia del de las colonias, y se refina con facilidad. El azucar obtenido por este medio es tan bueno como el de caña, y aun generalmente es mas blanco, y si aquel fuese un poco menos puro, seria imposible distinguirles.

Esta es una de las mas preciosas conquistas de la industria moderna, pero de ningun modo deben atribuirse á los franceses la gloria de su invencion, que ya era conocida desde 1747 por Margraff, célebre químico prusiano, quien el sabor dulce de la remolacha y el aspecto cristalino que presenta su interior cuando se examina con el auxilio del lente, hicieron sospechar la existencia en ella de una materia análoga á azucar. Para cerciorarse hizo repetidas esperiencias, que acabaron por convencerle de la exactitud de su cálculo; pero su descubrimiento quedo abandonado por el precio módico á que entonces valia la azucar de caña, y á no ser por la circunstancia del bloqueo continental acaso no hubiera nunca llegado á ponerse en práctica esta nueva industria hija de la necesidad.



EL DOCTOR GALL.

El doctor Gall, fundador de la frenología, nació en Weissenbrunn en el gran ducado de Baden en 1758.

Dotado desde sus primeros años de un espíritu de observación extraordinario, empezó á aplicarla insensiblemente en los mismos compañeros de sus estudios. Los discípulos mas temibles para él, eran aquellos que aprendían de memoria con mayor facilidad, y cuando llegaba el tiempo de los exámenes, le arrebatában el puesto que había logrado por sus composiciones.

Habiendo cambiado muchas veces de aulas, tuvo siempre la desgracia de encontrar educandos dotados de una memoria prodigiosa; y observó que muchos de ellos se parecían entre sí en los ojos gruesos y saltones: por manera que los ojos grandes, habían llegado á ser para él un objeto de desesperación; porque estaba bien persuadido de que aquellos que los tenían no le aventajaban mas que en la facilidad y exactitud con que retenían períodos prolongados. Nada mas divertido que oír contar al mismo doctor Gall los momentos de tristeza, de melancolía, de fastidio que tuvo que deborar en el tiempo de sus estudios, por culpa de aquellos ojos saltones que le habían perseguido de colegio en colegio. Sin embargo, estos mismos dolores, estas mismas molestias le sugirieron la idea de que, supuesto que la memoria se daba á conocer por señales exteriores, lo mismo debía suceder respecto á las demás facultades del entendimiento. Tal fue el objeto de sus meditaciones, y á ellas debe su origen la ciencia conocida por la frenología.

Desde luego se dedicó á indagar las señales exteriores de la imaginación; pero una multitud de hechos contrarios vinieron á sumerjirle en el caos mas oscuro. El éxito de sus indagaciones le desesperaba, cuando una nueva observación vino repentinamente á inspirarle nuevas dudas. Le enseñaron un día una señorita que al salir de un concierto, podía cantar la mayor parte de las piezas que acababa de oír, y sin embargo no tenía ojos saltones. Entonces se convenció de que había diversas especies de memoria, por lo que resolvió redoblar sus observaciones. Examinó sucesivamente las cabezas de músicos, de poetas, de mecánicos, de matemáticos, de pintores; en una palabra, de todos los artistas célebres dotados de un gran talento natural. Reconoció asimismo aquellos sujetos que se hacían notables en el mundo por una inclinación determinada, formó una colección vaciada en yeso de cráneos pertenecientes á sujetos activos, poltrones, circunspectos, atolondrados, ufanos, orgullosos, vanos, maliciosos, ladrones, buenos, perversos etc. Visitó las cárceles, y examinó los asesinos, los ladrones, los falsários, los incendiarios etc.

El doctor Gall al formar su colección, cuidó de anotar sobre los moldes en yeso de las cabezas de dichos individuos, cuantas noticias había adquirido sobre sus acciones: indicando la ausencia ó la presencia de ciertos defectos ó de ciertas cualidades. Formó categorías de asesinos astutos, de falsários astutos, de ladrones astutos etc. y los puso en paralelo con los cráneos de asesinos y falsários sin astucia etc.

Algunas veces hacia venir á su casa gentes del populacho, los daba dinero, los hacia comer y beber en su presencia, conversaba con ellos con aquella afabilidad que le caracterizaba; y cuando por este medio se había adquirido su confianza, les invitaba á que se digesen mutuamente los defectos que se conocían. De aquí resultaban escenas en extremo divertidas por la facilidad con que conseguía darlas este giro; y además eran para él del mas alto interés. Porque el lenguaje del pueblo en semejantes circunstancias, es siempre la expresión de la verdad.

Recogió también innumerables hechos en las escuelas, en los grandes establecimientos de educación, en las casas de huérfanos y espósitos, en las casas de corrección, en las cárceles, en los hospitales de dementes, etc.

Las causas criminales, los interrogatorios judiciales, las propias confesiones de los asesinos, ó de los ladrones, las de las mujeres infanticidas, hasta el mismo espectáculo de los suplicios, fue para él objeto de una importante observación. Hizo innumerables pesquisas sobre los suicidas, los imbéciles, los dementes, y sobre todas las alteraciones de las facultades del entendimiento que procedían de lesiones del sistema nervioso de la cabeza. Los museos, los gabinetes de anatomía y de fisiología, le suministraron nuevos datos que añadir á los que ya poseía. Examinó la forma de la cabeza de los bustos y estatuas antiguas, y comparó las consecuencias frenológicas con lo que la historia relaciona sobre el carácter y facultades de las personas que representaban. De este modo acumuló para fundar su doctrina, una reunión de pruebas tales que ninguno había tenido semejantes á su disposición para establecer el sistema mejor demostrado.

Fue tal la costumbre que llegó á adquirir en observar las pequeñas diferencias que existen entre todas las cabezas, y por consecuencia á adivinar por esta inspección las respectivas inclinaciones, que muchas veces escitó la mayor admiración en las concurrencias, por lo exacto y maravilloso de sus juicios.

Hallábase en una numerosa concurrencia cuando entró en ella un hombre á quien veía por primera vez: la conversación había recaído sobre su descubrimiento; no podía convencer al auditorio de la posibilidad de acertar las inclinaciones por la sola inspección de la cabeza. Fijando entonces su vista en el recién llegado, «el Señor, exclamó, me ayudará á persuadirlos: yo no le he visto hasta hora; ni le conozco ni me conoce, y sin embargo puedo decirlos cual es su pasión dominante: tiene el órgano de las colecciones, y esta formando una.» El extranjero sorprendido contestó ser cierto. «Aquí pudiera detenerme, continuó Gall, pero pueden hacerse colecciones de libros, de autógrafos, de insectos, de minerales, de plantas, de medallas etc., y quiero pasar mas adelante. Esta colección no se compone de ninguno de los objetos que acabo de nombrar. Es de cuadros.» Todas las miradas se fijaron sobre el colector, que, con un signo afirmativo aumentó la sorpresa general de que también él participaba.

El pasmo y la admiración se notaban en todos los semblantes; Gall gozaba de su triunfo, y el entusiasmo había sucedido á la incredulidad, pero aun quiso añadir algunas palabras: «¿Qué diríais pues de mi doctrina si me permitiese juzgar que los cuadros que tanto aprecia este caballero no representan objetos de historia, ni retratos, ni trages, ni animales, ni flores, y que lo que represen-

tan son paisajes?» También resulta ser exacto. Pueden imaginarse los lectores la impresión que produciría una serie de fallos que tanta ciencia y sagacidad anunciaban. Otro día le manifestaron dos niños, que tanto ellos como sus padres le eran absolutamente desconocidos. Apenas pasó la mano por sus cabezas dijo: «Este se parece á su padre, este otro á su madre» Esta doble semejanza era igualmente cierta. Unos resultados tan extraordinarios y de tan fácil justificación proporcionaron al Doctor Gall nuevos descubrimientos y progresos. No dejaban de presen-

tarle en las diferentes sociedades á que asistía, cuando personas se hacían notables, ya fuese por ingenio á disposición particular ya por la completa ausencia de un sentimiento ó de una inclinación determinada; y de este modo se ofrecían á este célebre fisiólogo numerosas ocasiones de comprobar la certeza de sus descubrimientos, hacer otros nuevos, de rectificar sus errores, y de popularizar una doctrina que diariamente se enriquecía con hechos interesantes.

Gall murió en París en el año de 1828.



ORIGEN DE LA ARQUITECTURA.

Las primeras habitaciones de los hombres, fueron los huecos de las rocas que les abrigan contra la intemperie de las estaciones, y les proporcionaban un asilo contra las fieras, con las cuales se veían á veces obligados á disputar su mísero albergue. Las necesidades y las comodidades de la vida los hicieron ejecutar algunas mejoras en las rústicas moradas que les ofrecía la naturaleza; agrandaron las unas, dividieron las otras, y de este modo formaron una especie de habitaciones, cuyo ajuar consistía en un lecho de hojas ó yerbas secas, y algunos troncos de árboles tendidos en el suelo para servir de asiento. El ingenio del hombre que le inclina á perfeccionarlo todo, y que de una necesidad satisfecha le conduce al deseo de otra nueva, hizo nacer el arte que no puede obrar sino con los productos de la naturaleza, pero que los embellece y mejora.

A medida que se aumentaron las familias, que fueron acreciendo las poblaciones, no se hallaban sino con mucha dificultad habitaciones naturales; socabáronse nuevas montañas; también se habitaban las llanuras sobre las que no se encontraba ninguna elevación, y se hicieron cavernas artificiales introduciendo en la tierra ramas y estacas reunidas por arriba en forma de colmenas. Estas chozas que fabrican aun en el día los salvajes, y que mas ó menos elegantes se construyen aun en nuestros campos bajo el nombre de *barracas*, fueron los primeros ensayos de un arte que despues habia de producir las basílicas, los palacios, los teatros, cuya admirable estructura prueba hasta donde puede elevarse el genio del hombre. ¡Qué inmensa distancia desde una rústica cabaña de troncos á la cúpula del Vaticano. Fue sin embargo un Miguel Angel en su género el primero que juntó las piedras y pedazos de madera, que los unió con barro compuesto de paja y tierra mojada, para elevar las paredes de una cabaña. Cuando des-

pues de haberla cubierto de ramas y de juncos para impedir la filtración de las aguas inventó el dar á su techo declives, ya hizo adelantar un gran paso á la arquitectura.

¿El conejo que se abre una madriguera, la golondrina que se fabrica un nido, el castor que construye casas, que forma diques, que establece puentes, ¿serian acaso los maestros del hombre puesto sobre la tierra sin un instinto creador particular pero con la facultad de la imitación? Fue sola la necesidad quien reveló á nuestra especie el empleo que podría dar á sus facultades intelectuales para dirigir sus fuerzas físicas?

La necesidad sola conduce al hombre á ejecutar lo que la industria le dicta. El hombre en el estado natural es perezoso, prefiere contentarse con poco, mas bien que molestarse para adquirir mucho; su energía procede de las pasiones, que excitadas por la vida civilizada han hecho crecer la ambición, el orgullo y las distinciones sociales que les alimentan sin satisfacerlas.

Una cabaña bastaba para albergar una familia; pero cuando esta familia hubo llegado á hacerse importante, aumentaron las dimensiones de la cabaña, no tanto por vivir con mas comodidad como por probar su superioridad y su poder.

Cuando las casas reunidas llegaron á formar aldeas, villas y despues ciudades, debieron modificarse los edificios segun sus diferentes destinos. Las habitaciones de los ricos, de los poderosos, debieron distinguirse de la del vulgo; los palacios y los templos debieron tener sus formas peculiares y apropiadas á su uso.

Sin embargo en los objetos mas sencillos que sirven á la arquitectura primitiva se encuentran los elementos de todo lo que constituye la arquitectura mas elegante y complicada, y aun los mas graciosos adornos de los órdenes dórico, jónico y corintio.

En la fachada de esta cabaña, por ejemplo, se reconoce el bosquejo de un *pórtico* cuyo *cornisamento* coronado por un *frontispicio* triangular y sostenido por columnas no hará sino variar de proporciones en todos los órdenes de la arquitectura. Los troncos de los árboles fueron después representados por la *caña de la columna* con su *disminución* gradual de bajo á alto, y á veces con un aumento de volumen en la tercera parte de su altura. Aquellos troncos colocados sobre cubos de piedra para preservarlos de la humedad rodeados con un anillo que oculta la juntura del tronco con la piedra nos ofrecen la *moldura*, el *plinto* y la *base*: la piedra lisa de arriba con otro anillo, nos designan el *cinacio*, la *garganta* y el *collarin*.

Del mismo modo en el cornisamento el travesaño inferior será el *arquitrave*, los extremos de las alfagias el *fri-so*, y el travesaño superior la *cornisa*.

El techo está formado de ramas largas atravesadas y cubiertas de juncos ó de paja. Este modo de cubrir las casas duró por mucho tiempo, y los mismos romanos continuaron verificándolo así hasta el año 470 de la fundación de su ciudad.

Los pueblos de la Atica fueron los que aplicaron á sus monumentos durables combinaciones tomadas del sistema de sus habitaciones primitivas, que llegaron á ser el modelo de la arquitectura que hoy día cubre la superficie del globo.



(Una vista en la isla de Sumatra.)

LA ISLA DE SUMATRA.

Sumatra, isla grande del Archipiélago asiático, separada de Java, por el estrecho de la Sonda, es una de las comarcas mas curiosas de estudiar en cuanto á sus costumbres, comercio é historia natural. Abraza una extensión de 350 leguas de largo, por 55 de ancho.

El equador la divide oblicuamente en dos partes, sin embargo de lo cual, gracias á los vientos frescos y á las elevadas montañas de la isla, su clima es generalmente mas templado que el de muchas de las regiones situadas al otro lado de los trópicos.

Sumatra siempre ha sido famosa por la abundancia de oro que produce, pero este manantial de riquezas está muy lejos de ser explotado con la utilidad que debiera, si estuviese dirigido por ingenieros inteligentes. Las minas de cobre, hierro y estaño, aumentan su riqueza; el azufre se encuentra en masas en las cercanías de los volcanes que encierra la isla, y el salitre, tan necesario para la guerra como para las artes, es muy comun en ella.

Imposible sería enumerar las preciosas producciones vegetales que se abriga en el suelo de Sumatra. Habrían de mencionarse los árboles que dan el *caout chouc* ó goma

elástica, los que producen el añil, y otra multitud de plantas que no tienen en nuestro idioma nombre conocido. Allí se encuentran árboles que dan un alcanfor muy superior al del Japon, á lo menos en sentir de los chinos, que le pagan doce veces mas caro, y que le pagarán aun mas mediante á que entre muchos centenares de árboles, solo suele hallarse uno que contenga este alcanfor, y que inmediatamente le echan á tierra para explotarle.

Tambien se encuentra en Sumatra, aquel famoso *puhnupa* del que tantas fabulas nos cuentan. El *puhnupa* es cierto que contiene un veneno mortal, pero el árbol no quita la vida como se pretende con solo acercarse á él; por el contrario, no solamente los viajeros se sientan á su sombra sin peligro, sino que las mismas aves se hacen impunemente sobre sus ramas.

Los animales salvajes y las aves domésticas de Sumatra son con corta diferencia las mismas que en todo el oriente. El búfalo reemplaza al buey, y solo se destina para el trabajo, aunque sus labores son muy inferiores á lo que debiera esperarse de su estatura y de la fuerza que representa. Los tigres de Sumatra son generalmente enormes; refiérese haber cogido algunos cuya frente tenía 18 pulgadas de ancho. Los monos que pululan en los bosques de Sumatra deben suministrarlos un abundante sustento.

Los elefantes son numerosos en aquella isla, pero á escepcion de los que se crían para el rey de *Achem*, no se ve ninguno en estado de domesticidad. El rinoceronte que tan raro ha llegado á hacerse se encuentra asimismo en aquel país, donde también se hallan algunos hipopótamos.

En 1824 la tripulación de un barco inglés, mató un orang-outang colosal en las costas de aquella isla: cuando le divisaron en el bosque presentaba la forma de un gigante cubierto de un vello pardo y reluciente; caminaba en dos pies, pero á veces se inclinaba hácia el suelo, y tenía que valerse de sus manos, y aun de la ayuda de una rama, para continuar la marcha. Al verse atacado desplegó una fuerza y una agilidad prodigiosa, y una energía tal que no espiró hasta después de haber recibido diferentes tiros, lanzadas y pedradas. Según la descripción que hace un doctor inglés, su estatura era de siete pies, su cuerpo bastante proporcionado, su pecho ancho, y su cintura delgada; pendía de su rostro una barba crecida: los brazos eran largos aun á proporción de su estatura y comparativamente con los del hombre, pero las piernas eran mucho mas cortas. Por el estado de los dientes se infería que aun era jóven: conducido á la nave, se vió que su cabeza era mas grande que la del mas alto de la tripulación.

Para terminar esta revista de las riquezas animales de Sumatra, diremos que en sus aguas se encuentra el *du-dong*, grande animal del orden de los mamíferos armado con dos nadaderas pectorales, y el único que en dicha clase se ha conocido por pacer en el fondo del agua y carecer de piernas: pasaremos en silencio la mosca de fuego que arroja una luz tan viva que puede servir para leer; y las grandes hormigas encarnadas tan notables por su táctica y por su furia en el combate.

Los habitantes de Sumatra hace mucho tiempo fabrican con suma destreza muchas obras de filigrana de oro y plata que gozan de una antigua y merecida reputación. Instrumentos rústicos que nuestros artistas mirarian con desprecio, les bastan para aquellos trabajos. Los desposos de algunos aros de hierro, una vigornia improvisada con un trozo de martillo en un poco de madera, un compas formado con dos clavos atado el uno al otro por uno de sus extremos; una olla de cocer arroz en vez de crisol para fundir el oro, dos operarios que soplan con la boca por medio de una caña de bambú, he aquí los únicos recursos de que disponen para la fabricación.

Por lo demás la industria ha hecho pocos progresos en Sumatra. Sus habitantes saben el oficio de herreros, oficio que debe preceder y servir á tantos otros. La pintura y el dibujo les son cuasi desconocidos, y los pocos escultores que han aparecido en aquella isla solo han dejado producciones grotescas y fuera del orden natural, cuyo único mérito es anunciar una cierta influencia de imaginación.

Los malayos dominan en una parte de Sumatra. En general la forma de gobierno que tiende el régimen feudal y la autoridad patriarcal, se resiente del influjo de los europeos que de hecho ejercen las funciones de señores feudales con gran beneficio de los naturales del país. La compañía inglesa que explota las Indias orientales, sostiene mucho ha la paz en aquella parte sobre la que mas en particular tiene que obrar. La gran Bretaña cedió aquellas posesiones al rey de los Países bajos en 1805 en cambio de algunos establecimientos holandeses en el continente de la India.

EPITAFIO NOTABLE.

A la entrada de la iglesia de S. Salvador de la ciudad de Oviedo existía (no sabemos si permanece aun), un mausoleo erigido por un príncipe llamado *Silo*, con una curiosísima inscripción latina, la cual forma una combi-

nación de letras tal, que puede leerse de 270 modos en todas direcciones, partiendo siempre de la *S*, grande que está en el centro. La inscripción dice así:

SILLO PRINCEPS FECIT.

T I C E F S P E C N C E P S F E C I T
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
E C N I R P O L I S I L O P R I N C E
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
T I C E F S P E C N C E P S F E C I T

Por bajo de la tumba hay escritas estas letras:

H. S. E. S. S. T. T. L.

que forman las iniciales de la inscripción latina

Hic situs est Silo. Sit tibi terra levis.
Aquí yace Silo. Séate la tierra leve.

EL AVENTURERO.

En palafren polvoroso,
con caparazon de acero,
acuchillado y mohoso,
cabalga un aventurero
orillas del Túrta undoso.

Era noche de verano,
blanca brillaba la Luna,
y su rayo soberano
del soldado de fortuna
blanquea el rostro tirano.

Sesenta eneros curtieron
su toaca nerviosa frente;
y las nieves no pudieron
llevar la espresion ardiente
que sus ojos despidieron.

El cabello encanecido
orna su tez requemada;
y su vigote torcido
sobre la boca taimada
oculta un desden fingido.

De bronce casco pesado
cubre aquel rostro de fiera;
lleva el almete abollado,
y quebrada la visera,
y el penacho despojado.

Entre el galopar ligero
con que el suelo el corcel pisa,
Del anciano aventurero
resuena el canto guerrero
al par de la blanda brisa.

CANTO.

«En la India Oriental nací á la vida:
«mi cuna en sus desiertos se meció;
«y mi cuerpo curtieron sus ardores,
«y curtieron también mi corazón.
«Jamás recuerda la memoria mia
«el dulce nombre del feliz amor:
«ni mi pecho alberga mas esperanzas,
«que esperanzas amargas de dolor.
«De madre tierna ó cariñoso padre,
«jamás entre sus brazos dormí yo;
«y en vez del blando seno, en las arenas
«abrasadas mi sien se reclinó.
«En vez de sus palabras de consuelo
«con que acalláren mi infantil clamor,
«escué el uracan en las montañas,
«ó de la tempestad la bronca voz.
«Así corrieran mis primeros años,
«y eterno un pensamiento me ocupó.
«Venganza de los hombres; la he jurado,
«y desde entonces la cumplí feroz.
«Esposas desoladas, tiernos hijos;
«huérfanos mil sintieron mi rencor;



modos
S. grande

T
I
C
B
F
S
P
E
P
S
F
E
C
I
T

«Y tambien los magnates en su alcázar
«temblaban el enojo de Carol.
«Mas, ¿ó poder de la inconstancia humana;!
«otra indomable, bárbara pasión
«esclavizó mi voluntad.... La sangre
«olví, por pensar en la ambición.
«Donde mayor botín, allí volaba.
«Ni rey he conocido, ni nación:
«donde mas oro habia allí presente
«ni hay para mí otra idea, ni otro Dios.
«¡Ah! ya cansados mis nervudos miembros
«le niegan á mi brazo aquel valor
«que me hizo tan temible.... ¿Qué pronunció?
«¿Se ha olvidado mi nombre? ¿Mi lanzón
«que nunca errara el golpe, cuando el blanco
«fue de algun poderoso el corazón?
«Y este puñal blandido por mi diestra
«¿á que ningún escudo resistió,
«caso se ha olvidado?... En todas partes
«se ambicionan soldados como yo.
«Vuela, pobre corcel, querido mío,
«mi leal compañero y servidor.
«Hoy sufres, yo mañana te prometo,
«si hay botín, duplicada la ración.»—
Mientras esto cantaba, el negro cuello
acaricia del bravo corredor,
y desgarró su hígado con las espuelas,
y el agorero canto prosiguió.
«De tus pasos el eco, á muchas millas,
«apostaré que inspira ya pavor.»—
Sus palabras al lejos se perdieron
entre el galope del corcel veloz.

Gregorio Romero y Larrañaga.

A ***

SONETO.

No tan bella en Citeres se admirara
A la madre del Dios de los amores,
Ni del Vergel la diosa entre las flores
Tan linda y tan galana se ostentara:
No tan fresca la aurora se asomara,
Matizando el Olimpo en mil colores,
Ni con Apolo usando sus rigores
Tan ruborosa Dafne se mostrara,
Como hermosa te halló en este día;
Pues reunes de Venus la belleza,
La modestia de Flora y gallardía,
Al frescor de la Aurora y gentileza;
Tal, que si AMOR acaso llega á verte,
Por la diosa de Chipre ha de tenerte.

J. M.

PUBLICACION NUEVA.

En unos tiempos en que la política absorbe justamen-
te las atenciones, toda publicación que no tienda directa-
mente á aquel objeto, puede esperar un apacible incógnito.
Nuestro Semanario, comprendido en el corto núme-
ro de estas publicaciones no políticas, tiene por simpatía
apoyar predilectamente á todas aquellas que renun-
ciando al carácter de la época, se contenten con el mas
modesto de científicas, artísticas ó literarias. Por desgra-
cia la tarea no es difícil, pues las causas mencionadas han
condicionado de tal modo las obras de esta clase, que apenas nos
veremos obligados á romper el silencio una que otra vez.
Siempre empero lo haremos con placer, aunque po-
cas ocasiones como en la presente en que intentamos re-
comendar á nuestros lectores la obra que empieza á pu-
blicarse bajo el título de *Galería dramática, ó colección
de trozos escogidos del teatro antiguo español*, cuyos
primeros números ó entregas tenemos á la vista.
Pocas lecturas hay tan agradables, tan españolas y tan
útilmente recreativas como la que ofrece nuestro vasto
teatro antiguo, espejo fiel de nuestro carácter y costum-
bres originales, gala y riqueza de nuestra imaginación me-
dieval, depósito sagrado de nuestra hermosa lengua, su-
perior en fin de todo el saber de aquella época, tan impor-
tante en nuestra literatura como en nuestra historia.
Su inmenso volumen hace sin embargo desconocidas
la mayor parte de aquellas riquezas, escepto para un cor-

to número de hombres estudiosos que gustan engolfarse
en tal piélagos, estudiándole en sus varias ramificaciones.
Para la multitud los nombres de Lope de Vega y Calde-
ron, Tirso, Moreto, y otros mil escritores eminentes, son
apenas conocidos por alguna que otra de sus infinitas pro-
ducciones (no por cierto las mejor escogidas), que de tar-
de en tarde suelen aparecer en la escena nacional. El
pueblo español todavía reclama una colección dirigida con
criterio, gusto y parsimonia, en que halle reunidas las
principales bellezas de aquellos ilustres genios, y para
nuestro entender, ni la publicada por García de la Huer-
ta, ni la que hace pocos años vimos empezarse por una
sociedad anónima, reúne aquellas circunstancias, dejando
aun este vacío en nuestra literatura popular.

Entre tanto que acierta á llenarse dignamente, paré-
cenos que nada es mas á propósito para despertar el gos-
to á esta clase de lectura, como la colección de trozos es-
cogidos que hoy nos ocupa, hecha, segun de ella misma
se infiere, por manos inteligentes y sobre manera versa-
das en nuestros clásicos autores. Si ella sigue como ha em-
pezado, verá el público español, verá la Europa litera-
ria, que apenas puede inventarse situación dramática, pen-
samiento filosófico ó político, carácter moral, ni espresion
brillante que no hayan sido tratados y desenvueltos ven-
tajosamente por aquellos padres de nuestra escena.
Verá que los preceptos de Aristóteles, los caracteres de
Plauto y de Terencio, la *vis cómica* de Moliere y de Reg-
nard, los contrastes y efectos escénicos de Victor Hugo
y de Dumas, el artificio clásico en fin, y el moderno ro-
manticismo, todo fue conocido y admirablemente tratado
por nuestros autores de los siglos XVI y XVII, de cuyo
incógnito tesoro nacionales y extranjeros han podido ro-
bar impunemente artificios, situaciones, caracteres y len-
guage.

Quisiéramos sin embargo que esta obra no pecara por
el extremo de la profusión, limitándose únicamente á pre-
sentar muestras las mas escogidas y brillantes. Aprobamos
mucho las ligeras biografías de los autores y algunas no-
tas ó ilustraciones del testo, pero de ninguna manera nos
parecen del caso las cartas y comunicados que tambien se
insertan sobre asuntos exóticos al objeto de la obra. Li-
mitada esta únicamente á aquel, tiene en sí bastante im-
portancia y agrado para escitar el gusto de los aficiona-
dos, y los autores habrán prestado un servicio señalado
á la literatura nacional, y héchose acreedores á la esti-
mación del público.

TROPAS FRANCESAS.

LOS CORACEROS.

La antigua caballería de coraceros, cuyos ginetes ves-
tían todas las piezas de que se compone una armadura,
era formada de los nobles combocados por el rey para la
guerra. Estos caballeros, cuya institucion se hace re-
montar á la época de Hugo-Capeto, en 995, tomaron el
nombre de *gens d'armes*. En 1445 formó Carlos VII va-
rias compañías sueltas, algunas de las cuales entraron pos-
teriormente en el servicio militar de los reyes de Francia.
Empero el origen de los coraceros modernos, no es tan
antiguo. En el reinado de Luis XIII, usaron esta arma de-
fensiva algunos cuerpos de caballería sin tomar su nombre.
A últimos de 1666, cuando se reformaron las compañías,
y en el momento de la creacion de un gran número de
regimientos de caballería, se formó el de *coraceros del
rey*. Casi todos los regimientos de caballería usaban en-
tonces el peto, y los ginetes llevaban debajo de los som-
breros una especie de cascos de hierro, para preservar-
se de los golpes de sable. Los coraceros del rey, no usa-
ron por mucho tiempo ninguna arma defensiva, hasta la

mitad del reinado de Luis XV que les dieron la coraza completa, aunque posteriormente fue reemplazada por la media coraza. Desde su creacion hasta 1776, usó constantemente este cuerpo el mismo uniforme que consistia en casaca azul con vivos, vuelta y forro encarnados; el sombrero bordado de oro fino, y la mantilla del caballo del mismo color de la casaca. Su arma era sable, mosqueton y dos pistolas. La hoja de los sables que antiguamente usaba la caballería de línea era recta, ancha, cortante por un lado y delgada por el otro; hacia la punta tenía corte por ambos lados en un espacio como de siete á ocho pulgadas.



1776.

Antes de la invencion de la pólvora, las corazas preservaban de los golpes del enemigo, pero cuando por esta innovacion se introdujeron las armas de fuego portátiles, los coraceros solo se hallaban á cubierto contra las armas blancas y contra las balas disparadas á cierta distancia: el peso de la coraza moderna no escede al del antiguo peto. Se compone de peto y espaldar, una almohadilla de tela que la sirve de forro, y dos hombreras de badana con broches, que se sujetan por mitad del cuerpo con un cinturón de cuero con su hebilla. Los coraceros la usan de hierro colado: la de los carabineros es del mismo metal pero cubierta con hoja de cobre.



1812.

El regimiento de coraceros del rey, se hizo célebre durante la guerra de Luis XIV y Luis XV. Las campañas de la revolucion, le suministraron nuevas ocasiones de señalarse, y se distinguió muy particularmente en cuantas acciones se halló.

Los coraceros y los carabineros se sirven muy pocas veces en el combate de sus armas de fuego: siempre se batan en línea y con la punta del sable adelante. El objeto especial de estas tropas, es penetrar en las masas y en los cuadros, é introducir el desorden en las filas enemigas cuando llega el momento decisivo de la victoria. En gran número de acciones se ha visto á la caballería de línea, arrebatarse formidables baterías. Como esta clase de combates se deciden cuerpo á cuerpo y con espada en mano, la victoria se fija por lo regular en las filas de los mas valientes, pero á veces tambien en las de aquellos cuyos caballos son mas fuertes y vigorosos.

Durante las guerras del imperio, los regimientos de coraceros supieron conservar la alta reputación de sus antecesores; y no hay una relacion de las memorables batallas de aquella época en que deje de figurar por algun hecho notable uno ó mas cuerpos de coraceros. Los tres regimientos de esta arma que existian en 1815, quedaron reducidos á 6 en 1815. En el dia se cuentan diez, que con los dos cuerpos de carabineros forman la caballería llamada de reserva.



1856.

Casi todas las potencias de Europa tienen sus regimientos de coraceros. Esta arma parece ser originaria de Alemania. Mucho antes de la creacion de los coraceros del rey, se contaban muchos regimientos de ellos en las tropas austriacas y en las de los electorados: eran temidos por la mejor caballería del imperio, y gozaban ya de una alta reputación.

El cuadro estadístico siguiente dá á conocer el número y fuerza de los regimientos de coraceros en las diferentes potencias de Europa en pie de paz y en el de guerra.

| | | Pie de paz. | Pie de guerra. |
|------------|---------|-------------|----------------|
| Austria. | 8. reg. | 8000. | 12.000. |
| Babiera. | 2. | 1450. | 2.300. |
| Bélgica. | 1. | 1500. | 1400. |
| Dinamarca. | 2. | 1100. | 1100. |
| España. | 1. | 600. | 600. |
| Francia. | 10. | 10.000. | 12.000. |
| Holanda. | 3. | 1.450. | 2.700. |
| Prusia. | 9. | 5.000. | 6.000. |
| Rusia. | 9. | 9.800. | 12.400. |
| Sajonia. | 1. | 600. | 800. |

La Inglaterra, el Reino de Nápoles, la Suecia, y los estados pequeños de Alemania que no figuran en este cuadro, no tienen regimientos de coraceros.